

670369

# El paradójico Joaquín Edwards Bello

Por

Luis Merino Reyes

Estábamos en Los Vilos, el villorrio de pescadores, azotado por el viento, cuando nos llegó la noticia de la muerte de Joaquín Edwards Bello. Nos alumbrábamos con luz de parafina; teníamos los ojos fatigados de leer, pero la información venida de un pequeño radio a transistores, tuvo la virtud de sacudirnos, de hacer que midiéramos el drama con las primeras sílabas de su enunciado. Joaquín estaba enfermo, anciano. Nada es más triste que la ancianidad para esos temperamentos nerviosos, vitales, enamorados de la vida, dispuestos a darse a ella con toda la adhesión o el rechazo apasionados. Lo leímos desde adolescentes y su prosa tenía la virtud de convencernos, acaso por su misma arbitrariedad, por esa magia antojadiza que su pluma extraña de la realidad más pedestre. Su arremetida inconforme tenía algo de la escabrosidad sudorosa, humana a simple vista de Vicente Blasco Ibáñez, y también la experiencia cosmopolita que dan al chileno los viajes, el continuo desplazarse por países que viven un siglo más adelante o bien perfumados por la antigüedad de muchos milenios de experiencia. Desde muchachos vimos a Joaquín Edwards Bello por las calles de Santiago, sin atrevernos a saludarlo. Como santiaguinos antiguos, tenemos terror a quedar como inoportunos o majaderos. Vestía en invierno un abrigo de cuero y un sombrero impermeable; si atishaba una mujer atrayente, Joaquín Edwards se detenía arrobado, como incrédulo de que anduviera en movimiento tanta voluptuosidad inadvertida. Bien sabemos que la vida sin pasión se convierte en un esquema, en una rutina espantosa y hasta el amor sin la pasión imaginativa que lo dignifica, no es más que un trozo de carnicería. No recordamos cómo hablamos la primera vez

con Joaquín, pero lo recordamos sí en una oficina muy pequeña de "La Nación", escribiendo su crónica, a mano, en grandes carillas tamaño oficio. De repente se detuvo y dejó su trabajo para continuarlo en seguida; sabía por larga experiencia, que la cabeza se nubla cuando se cansa. Otra vez —deben de haber transcurrido muchos años— iba del brazo con el poeta Vicente Huidobro, por la antigua calle Ahumada, una calle céntrica con menos gente, con menos vehículos fragorosos. Edwards Bello y Huidobro, a paso rápido por la calle Ahumada, eran dos ciudadanos del mundo, con residencia en París, exiliados en Chile. No era difícil adivinar su conversación crítica y burlona. "Si usted se cruza con un amigo —me dijo más tarde, poniéndose la mano en la boca, igual que el consejero que paladea su secreto— y lo encuentra más flaco y pálido, diga que está enfermo, y si le pregunta qué enfermedad tiene, responda que sufre de cáncer. Entonces el chileno se aleja de usted cantando". Era la idea que tenía de sus compatriotas. En otra ocasión presenciábamos su alegato violento con Edgardo Garrido Merino, su amigo de juventud que en estos días de duelo despidió su restos con emocionadas y bellas remembranzas. La escena sucedió una tarde invernal en la Librería Nascimento. Al parecer, la vociferación de Joaquín se basaba en unos documentos de su archivo que le habría facilitado a Garrido y que éste no se apresuraba a devolverle. Joaquín Edwards gritaba como un capitán de navío que reprende a su tripulación desde el puente de mando. En cambio, Garrido replicaba con serena humildad, sin explicarse la desconocida de su amigo de tantos años, en presencia de testigos más jóvenes: el notable escritor costarricense Joaquín Gutiérrez y

quien estos hechos recuerda. Pero acaso por esto mismo, Joaquín gritaba a más y mejor. En seguida, viene a nuestra memoria una mesa luminosa en un restaurante para gastrónomos de Santiago. Vemos a Mariano Latorre y al escudero que comía a sus expensas; a Luis Durand; al escritor cubano Enrique Labrador Ruiz, hablando como un poseído, haciendo contraste con el retraído y observador mutismo chileno. Durand desconfiaba de Edwards Bello, y con razón. Lo había humillado cuando él llegó a Santiago como huasito apenas vestido de ciudadano, con su pajizo de cinta tricolor y sus pantalones de terminales muy angostos, y bien sabemos que el rencor de la gente sensible no se mitiga nunca, salvo que se trate de estetas puros y santos, como es el caso del autor de "El hombre y la montaña". Al salir del recinto luminoso, con algunos vasos de alcohol en el cuerpo, yo acompañé a Joaquín por la calle Catedral abajo, sintiendo en mi nuca la mirada socarrona y recelosa de Durand. ¿Después? Encuentros callejeros muy ocasionales; tal vez lo vimos monologando a solas en el interior de un taxi o un poco disfrazado en pleno día de trabajo con la cara maquillada y una ropa ceñida al cuerpo como funda o saludándonos ceremoniosamente con el sombrero en alto, para advertirnos que no nos aproximáramos que "andaba con los monos", como dice con tanta justeza nuestro pueblo.

Con los años buscamos sus libros, sin la fresca avidéz adolescente, animados por otro tipo de pasión más temible, esclavos nosotros mismos del poco envidiable destino literario. Encontramos "El roto" en una librería de viejo, de la calle Alonso Ovalle con San Diego; lucía en la portada una franja negra de género, que el comerciante le había prendido, no sabemos por qué. Fue una desilusión leer aquella apasionante novela de juventud, y así se lo dijimos a Joaquín. El estaba aparentemente de acuerdo con nosotros. El prostíbulo que muy raras veces está ausente en la narrativa nacional, aparece mirado por un visitante, por un señorito. El prostíbulo no ha sido jamás un refugio popular. Pero no olvidemos que Joaquín Edwards fue, hasta el día en que se mató, un rebelde, y él mira con ojo de extraño moralista, de rectificador sarcástico y algo bárbaro de la realidad, el prostíbulo, y lo muestra a sus propios clientes, para escándalo de ellos, cómo

podría indicársele a un "dandy" victoriano, el grado de su sífilis, que pretendía sanar ocultándola, echándose mercurio en la base de los tacones. "La chica del Crillón" es más bien un pretexto para que el cronista inimitable despotrique en contra de una sociedad que ama con odio. La novela finaliza con la insurrección de Ranquil, que fuera sofocada a sangre y fuego. La protagonista, dama de sonoros apellidos vascos, es liberada por un genuino hombre de la tierra. La pobreza de la gran burguesía venida a menos, habituada a controlar los jugos gástricos, es aventada por un golpe de fortuna que viene de la dueña de un prostíbulo, fidelísimo amor del jefe de familia. Así se hacen y deshacen las sociedades. En cambio, "Valparaíso, la ciudad del viento"; "Valparaíso, Fantasmas" y "En el viejo Almendral", son sus obras cumbres. Joaquín Edwards Bello amaba el puerto, poseído por la magia venida de nuestra única ciudad con carácter. Era un caso, en el plano enfático y viril, semejante al de la pintora Susana Guevara, residente en Pasadena, California, que se mueve por su puerto natal, con soltura, dueña de una realidad que ya es de ella sola por lo mismo que la ha alterado y fijado para siempre su fantasía salvadora.

Y séanos permitido el último recuerdo personal. Es un día de viento, de ventarrón irrefrenable. Los vidrios de nuestra claraboya se han quebrado y ha emprendido vuelo el armatoste de hule que nuestro hijo ha puesto encima para protegernos de la lluvia torrencial que se avecina. Entonces suena el teléfono. Es Joaquín que nos habla de literatura con la pasión ávida y desesperada que sólo los escritores comprenden. El viento se lleva el improvisado artefacto aéreo, la lluvia corre por las tablas del piso, pero ya nada nos importa, y la comunicación sólo se corta cuando el temporal abate el sistema telefónico. Fue probablemente nuestra última conversación. Luego supimos de su enfermedad progresiva y una mañana de sol, sin que él, por suerte, nos viera, lo vimos por el centro de Santiago —el agua de su dársena— en compañía de Marta Albornoz, su compañera incomparable. El escritor, el hombre en movimiento, desde las seis de la mañana, cuando llegaban los diarios a nutrirlo a la puerta de su casa, arrastraba una pierna.

(Termina en la Pág. 40)

(Viene de la Pág. 38)

El comienzo del fin. Mas ha sabido irse con dignidad; la mirada opalina del anciano en el asilo, del enfermo en la silla de ruedas, no eran para su energía movediza, infatigable. Tuvo la suerte sí de que una gran mujer lo entendiera y lo acompañara. "Amarlo todo es comprenderlo todo", escribió el viejo romántico, pero amar y entender a un solo objeto del amor, es tarea más complicada y sutil. Exige esa generosidad y esos renunciamentos que imaginamos propios de los ángeles, de los ángeles buenos, por cierto.

Rubén Darío escribió a Francisca Sánchez, su amante española, otro caso de amor y paciencia que traspasa todas las barreras: "Ajena al dolor y al sentir artero, / Llena de la ilusión que da la fe, /

Lazarillo de Dios en mi sendero, / Francisca Sánchez, acompañamé... // En mi pensar de duelo y de martirio, / Casi inconsciente me pusiste miel, / Multiplicaste pétalos de lirio / Y refrescaste la hoja de laurel. // Ser cuidadosa del dolor supiste / Y elevarte al amor sin comprender: / Enciendes luz en las horas del triste, / Pones pasión donde no puede haber. // Seguramente Dios te ha conducido / para regar el árbol de mi fe; / Hacia la fuente de noche y de olvido, / Francisca Sánchez, acompañamé... "

Darío fue en su plenitud, un sibarita, un pagano, pero ha intuido un Dios único en la mujer que lo amó soportándolo con alegría. Igual debe de haberle sucedido a Edwards Bello con la impar Marta Albornoz.